

## LA EDUCACIÓN SUPERIOR DESEABLE Y POSIBLE

ANGEL LOMBARDI

UNIVERSIDAD DEL ZULIA

**L**a crisis define la contemporaneidad y de hecho hay toda una teoría al respecto; el postmodernismo y la postmodernidad como un tiempo de transición hacia nuevas definiciones en todos los órdenes de la vida y la historia; cuestionada la sociedad y la cultura, se cuestiona también todo el orden institucional y allí las universidades, con su gran carga de pasado y sus posibilidades de futuro.

Fundamentalmente se plantean dos tesis contrapuestas; la universidad reformada y transformada y el ocaso de las universidades; obviamente me identifico con la primera. No creo que estemos en el fin de los tiempos, sino en un tiempo histórico profundamente dinámico, impulsando por la tecnociencia y que nos obliga a repensar muchas cosas, sin menoscabo de la continuidad histórica.

La universidad contemporánea y por ende la venezolana, enfrenta cinco (5) retos fundamentales:

1. El problema financiero.
2. El ingreso y permanencia en el sistema de estudiantes y profesores.

3. La modernización administrativa y organizacional.

4. Asumir e incorporar la informática y la telemática.

5. Apertura hacia el sector productivo; desarrollar al máximo las relaciones interinstitucionales e internacionales.

Es decir, que estamos hablando de una reforma a fondo del sistema universitario sobre la base de un nuevo modelo de gestión y liderazgo y que implica afectar a la universidad en su estructura y funcionamiento tradicional; en el caso venezolano y quizás latinoamericano ello significa atreverse a pasar de la universidad populista a la universidad democrática; tiene que calificarse el ingreso y la permanencia y los derechos deben derivarse de los deberes asumidos responsablemente: el profesor debe rendir intelectualmente y permanentemente debe ser evaluado al igual que el alumno; debemos establecer una meritocracia sin menoscabo de la igualdad de oportunidades. Nuestro sistema universitario luce cerrado, rutinario y mediocrático, con una dirigencia académica y general desgastada en los juego de poder internos.

La autocrítica y la autointerpelación es importante; aprender a corregir, tener voluntad política

Foro

para corregir y reformar; avanzar a pesar de la crisis.

Un error conceptual que se ha venido cometiendo es mimetizar todo el sistema universitario y de educación superior en una sola generalización. En Venezuela hay universidades de primera y de segunda. No es lo mismo hablar del sistema público autónomo que las universidades experimentales y entre éstas también hay diferencias. Igual en el sector privado, las hay buenas y algunas muy malas, otras no pasan de ser un negocio. Este error de confusión y generalización estaba llevando al Ejecutivo nacional y al Congreso a elaborar una nueva ley, totalmente agresiva, que repetía los errores de la ley vigente y profundizaba algunas distorsiones existentes; "escolarizaba" aún más al sistema y lo volvía más dependiente del poder político y gubernamental externo. La clase política sigue desconfiando de las universidades; la mejor universidad para ellos es la universidad domesticada y subordinada.

No estoy convencido sobre las bondades de una ley general; prefiero una Ley de Universidades, Ciencia y Tecnología que defina, acredite y clasifique al sistema e incorpore el problema del financiamiento con un planteamiento abierto y moderno, que no excluya la discusión de la matrícula, pero que tampoco reduzca todo el problema al pago de matrícula; hay sociedades avanzadas donde la educación sigue siendo gratuita, pero bajo condiciones de exigencias especiales; también existen muchas otras fórmulas ensayadas exitosas como el de la matrícula diferida; igualmente la posibilidad de crear fondos públicos y privados para financiar las universidades y la educación superior, pero en el entendido que esta educación por definición es altamente costosa y que en el sector público el Estado puede inhibirse de seguir participando en su funcionamiento sin menoscabo del aporte privado. Estamos de acuerdo que el modelo imperante está agotado; el Estado no puede ni debe asumir la carga presupuestaria de manera exclusiva, ni las universidades seguir funcionando solamente vía presupuesto nacional; es urgente y altamente prioritario ir hacia la generación de recursos propios; sin menoscabo de las funciones que le son propias a las universidades; evitar la tentación a la moda de "privatizarlo" todo; la universidad no es una empresa ni debe serlo; a nadie se le ocurriría proponerle a las Fuerzas Armadas que se autofinanciaran, tiene su función propia y específica y se le respeta; además es bueno recordar que la educación en general y la superior y universitaria en particular entra en el rubro de la inversión y no del gasto.

Las universidades privadas tienen que ser mejor administradas y más productivas, no hay duda; en ellas también se ha vivido la desviación partidista-gremial-

clientelar; el gasto corriente se lleva casi todo el presupuesto universitario; hay un excedente de empleados y obreros; existen desviaciones; el país nos exige el saneamiento interno y una voluntad cierta de cambio y trabajo. Tenemos que ser menos endogámicos en el ingreso, en los concursos y en las evaluaciones.

El poder político y académico debe calificarse en términos de credenciales y rendimiento intelectual y científico; hay que desmineralizar la conducción universitaria, evitar interferencias extrañas y combatir el anacronismo funcional de muchas de sus dependencias administrativas y académicas.

## II

La universidad nace para ser contemporánea del futuro, por eso ha permanecido y ha vencido al tiempo. Con mil años de historia, entramos al nuevo milenio para no faltar a la cita del tiempo y poder seguir cumpliendo con el destino del hombre, asumido éste fundamentalmente como un destino indiscutiblemente ligado a la ciencia y a la cultura.

La universidad es histórica, aquí y ahora, y es local, y es universal. Por eso siempre debe ser pensada y asumida en la immanencia y en la trascendencia. Forma parte de la sociedad y de la política y expresa en el devenir concreto de cada pueblo. La universidad nuestra es tricentenaria y forma parte de la tradición occidental; es latinoamericana y es venezolana.

Desde 1936, el país trata de definir y desarrollar un modelo democrático y abierto, pluralista y moderno de la sociedad venezolana; y en esta definición, creación y cambio de las instituciones se inscribe nuestro modelo universitario, genéricamente definido como autónomo, democrático y popular, formando parte del proceso de masificación de la educación, así como de la formación de las élites.

Este modelo, en líneas generales, ha funcionado y cumplido sus objetivos; pero, igual que el resto del sistema, se fue mediatizando en el proceso y generando en un modelo populista de gestión y funcionamiento, que en este momento luce totalmente agotado. Por eso nosotros hemos hablado de una universidad en tiempos de crisis y de cambio; es innegable que vivimos una transición que nos obliga con urgencia a pensar a la Universidad de manera diferente a la tradicional. De allí la necesidad de la universidad creativa, que implica una gran dosis de imaginación y voluntad autocrítica que no obligue a cambiar de verdad. No tenemos otra alternativa que enfrentarnos a nosotros mismos, combatir de manera frontal las desviaciones internas y las mediatizaciones

externas. Por eso yo he hablado de las perversidades del sistema: por un lado, la actitud gubernamental y de sectores privados de reiterada descalificación ideológica de las universidades y de negación de recursos para avalar un modelo privatizador de la educación; y, por otro lado, desde adentro, la actitud caribe de los gremios, que han asumido la universidad como hacienda o empresa. No tengo la menor duda de que nuestra misión más urgente es denunciar y desmontar esta dos desviaciones del sistema y superar definitivamente el modelo populista de universidad que tenemos.

La crisis de la educación superior en América Latina obliga a revisar el tipo de relación que ha prevalecido entre estas instituciones, la sociedad y el Estado.

La institución universitaria de hoy o la idea que se tiene de la universidad, responde a tres modelos históricos: la universidad al servicio de la investigación; la universidad como espacio para la formación profesional y la universidad y su compromiso social como función de la extensión. Un modelo de alguna manera es una construcción artificial de la realidad. Nunca ha existido, por ejemplo, la universidad sólo dedicada a la investigación.

La concepción de la universidad medieval que surge básicamente como comunidad en permanente búsqueda de la verdad, se ha mantenido no sólo legalmente, sino que en la práctica no existe ninguna universidad que se respete, que haya renunciado a este postulado.

Esta universidad que gira en torno a la investigación y a la ciencia, en términos históricos y sociológicos, se tiende a identificar con el llamado modelo alemán de universidad, concretamente con la universidad que surge en Alemania, a partir de la famosa reforma de Leopoldo von Humboldt en la Universidad de Berlín a comienzos del siglo XIX. Este modelo universitario de mucho prestigio identifica el modelo anglosajón.

La universidad de hoy, la universidad que no ha renunciado a ser un espacio para la investigación, se encuentra ante la disyuntiva de acceder a un escenario en donde el mercado ha pasado a ser el eje de organización de la sociedad y la revalorización del conocimiento, una estrategia económica. En una cultura marcada profundamente por el pragmatismo, el ser humano pareciera que no puede hacer absolutamente nada que no tenga un resultado tangible. Esta concepción pragmática y tecnocrática conspira contra el concepto de ciencia y arte como actos gratuitos.

Ese sentido gratuito de la ciencia y el arte es preciso reivindicarlo. Cuando un filósofo, un científico, o un artista, metido en sus mundos, elaboraban una nueva teoría, proponían una nueva hipótesis o creaban la obra de

arte, no estaban pensando en el valor económico de la obra o de la teoría. Simplemente la lanzaban al mundo para equivocarse o para acertar para ser útil. En cambio, esta cultura contemporánea, si no hay un fin utilitario nada tiene sentido.

El segundo modelo es la universidad que tiene como misión primordial la formación de los recursos humanos que necesita la sociedad en un momento determinado. Esta universidad que gira en torno al aula de clase y a la relación entre docentes y alumnos tiende a identificarse con el llamado modelo francés o modelo napoleónico. Después de la Revolución Francesa, la universidad francesa lo asume como modelo administrativo que va a responder a las políticas del Estado y a la necesidades de la sociedad.

Si Alemania y Francia fueron las causas de dos modelos paradigmáticos universitarios con acento en la creación de conocimiento o en la formación de profesionales, a nivel de extensión, es la universidad latinoamericana la que asume a cabalidad y con clara conciencia, especialmente, a partir de los acontecimientos de Córdoba, esta función entendida como el compromiso social y político que tiene la institución universitaria son su tiempo y con su época. En otras palabras, la Universidad latinoamericana, a partir de 1918, se define esencialmente como una institución en conflicto, o en relación conflictiva con el Estado y fundamentalmente con el gobierno. De acuerdo con algunas interpretaciones que se han hecho sobre la Reforma de Córdoba, más que una reforma universitaria fue un movimiento protagonizado por universitarios, especialmente por el sector estudiantil, que definió más que un modelo de Universidad, la relación de la Universidad con el Estado y la sociedad. Por eso, los postulados fundamentales de Córdoba excedían el ámbito universitario. Se habló así del compromiso universitario, de contribuir a la segunda independencia. Si la primera había sido política, la segunda tendría que ser política y económica frente a los Estados Unidos.

Otro planteamiento hecho en el contexto de la Reforma de Córdoba, que aquella época tenía muchos predicamentos, al menos entre las minorías intelectuales y políticas, se refería a la famosa unidad de América Latina como una consecuencia natural de la segunda independencia. Sólo unidos, en una lucha anti-imperialista, podíamos alcanzar la independencia y el desarrollo.

Dentro de la ideología del movimiento de Córdoba, la Universidad se asume como institución al servicio de la verdad y para formar profesionales; pero la tarea fundamental es su planteamiento

político frente a la sociedad, el gobierno y el Estado.

En Venezuela, por ejemplo, esta universidad comprometida se expresó frente a las dictaduras de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez. Desde la universidad venezolana se emprendió la lucha en defensa de la democracia y en contra de la dictadura. Y durante la década del sesenta, la juventud militante universitaria asumió el proyecto político utópico de ser instrumento fundamental de la revolución y del cambio social.

Todo lo contrario de la universidad colonial, que forma parte de la cultura y la ideología de la sociedad colonial. De allí que en los procesos emancipadores que se plantean en nuestro país, la universidad va a ser una de las instituciones ausentes. En esta universidad no se da el debate de las ideas nuevas, de las ideas modernas. Quizás uno que otro profesor leía clandestinamente un texto de algún francés, de algún norteamericano o de cualquier autor considerado subversivo en la época; pero la institución estuvo ausente del debate emancipador, de lo que significaba la independencia y el nuevo modelo de sociedad. Esta universidad colonial estaba tan profundamente arraigada que todavía a comienzos del siglo XX, cuando se abre el debate universitario y la lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, la queja reiterada de todos los diversos protagonistas universitarios, tanto en el sector profesional como en el estudiantil, era que la universidad seguía siendo colonial. Todavía a comienzos del siglo se sentía este peso colonial.

La universidad republicana que intenta definirse en contradicción con la universidad confesional, tuvo una mejor definición en el resto de América Latina que en Venezuela. A pesar de los decretos bolivarianos y del intento de reforma de la Universidad de Caracas en 1827, cuyo ideólogo fue José María Vargas, Rector en aquel momento, formado profesionalmente en el exterior, la universidad realmente no llegó a transformarse. Los intentos por definir a la universidad republicana, en Venezuela, se realizan tardíamente. No sucede lo mismo en el resto de América Latina. Ese intento tiene éxito, por ejemplo, en Chile, con la creación de la Universidad de Chile en 1842, cuyo ideólogo fue Andrés Bello, su primer Rector fundador y autor del famoso discurso de inauguración de la Universidad, donde define a la universidad republicana, aunque no utilice este nombre. Ocurre lo mismo en Brasil, en México y en Argentina.

En cambio, es un momento importante dentro del proceso universitario nacional, la presencia en el claustro universitario de Maracaibo, Mérida, Caracas y Valencia, de intelectuales identificados con el positivismo, en el debate sobre las ideas y teorías más importantes de la época. Por primera vez, en la universidad venezolana se

discute, ya no sobre el sexo de los ángeles, sino sobre la realidad de la sociedad, el carácter experimental de la ciencia, la teoría de la evolución; en fin, sobre todo lo que se deriva del pensamiento científico de la época. De alguna manera entró un aire fresco en la universidad venezolana, aunque lamentablemente no afectó sus estructuras, pues continuó siendo profundamente conservadora, hasta que llegamos a la universidad de 1958. Allí se da una ruptura.

### III

En 1958, con el proceso democrático, el país empieza a modificarse sustancialmente y la universidad empieza a transitar el camino difícil de la masificación. No se transforman las estructuras universitarias ni el pensamiento universitario, pero la dinámica de funcionamiento de la universidad es otra. En 1958, el número de estudiantes no llegaba a 25.000; hoy pasamos largamente los 700.000 estudiantes. Esta política que le ha permitido a amplios estratos de la población joven acceder al subsistema de educación superior y que ha creado tantísimos problemas, ha sido de gran importancia estratégica para la legitimación del proceso político-democrático.

Esta universidad se define a partir de 1958, dentro de la dinámica social de una manera muy particularizada: universidad democrática-autónoma, democrática.progresiva, o como una universidad autónoma democrática y popular.

La etapa fundamentalmente política de los años 60, estuvo caracterizada por la participación en un debate que formaba parte de la lucha ideológica de la época. El enfrentamiento político-ideológico se dio, sobre todo, dentro del movimiento estudiantil polarizado entre quienes defendían el orden establecido y entre quienes optaban por hacer la revolución. Quienes participamos en esta etapa sabemos lo intensa e interesante que fue esta confrontación político ideológica que le dio características importantes a nuestra universidad, sin renunciar a la investigación, la docencia y la extensión.

En la década 70 y 80, la masificación desarticuló completamente a las instituciones universitarias. Esta masificación nos ha marcado y nos marca en este momento.

La universidad contemporánea tanto en su vertiente política de los años 60, como en su vertiente masificada de los últimos años, se encuentra en la actualidad en una etapa de transición. Seguimos lidiando con la universidad masificada, pues la problemática de la universidad contemporánea tiene que ver con la masificación. No

obstante, las posibilidades de cambio existen en tanto podamos redefinir, a fondo, lo que ha sido la universidad en la últimas décadas.

En el contexto latinoamericano, la situación de la educación superior se ha hecho aún más crítica debido a la recesión económica y a la crisis fiscal, sin embargo, estoy convencido de que el problema del presupuesto universitario enmascara otros problemas. Esencialmente, es un problema político, a través del cual los gobiernos nacionales pretenden mediatizar el gobierno universitario. Por eso, la agenda de un gobierno universitario no es otra que el problema de presupuesto; y todo el discurso de los equipos de gobierno de los últimos 20 años es la lucha por su presupuesto justo.

¿Por qué ha sido tan difícil resolver el problema del presupuesto, o será que los gobiernos de turno lo usan como un manejo político? El problema del presupuesto ha sido una constante tanto en los momentos de crisis fiscal como durante la época de relativa bonanza económica. ¿Por qué nunca las instituciones de educación superior en Venezuela han recibido un presupuesto completo? Hoy, quizás sea verdad la falta de recursos económicos, pero quince o veinte años atrás no lo era. ¿Y por qué nunca se le ha otorgado a las universidades públicas el presupuesto justo? Habría que discutir qué se entiende por un presupuesto justo, porque al final hemos llegado a un nivel profundo de desconfianza: ni el gobierno cree que las universidades necesitan dinero, ni las universidades creen que el gobierno les va a dar el dinero que de verdad necesitan.

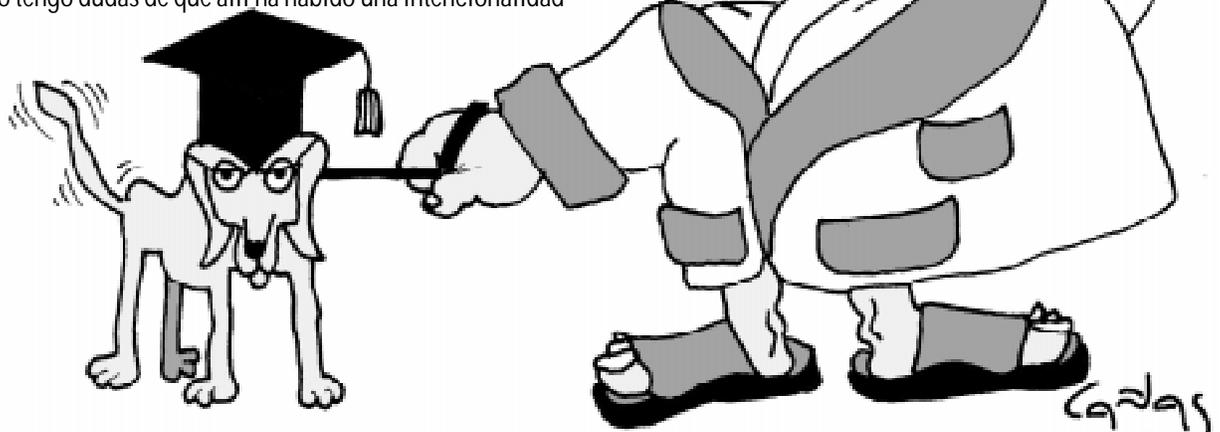
En Venezuela hemos llegado a un juego de cifras que ocupa prácticamente toda la gestión de un gobierno universitario. La forma como el gobierno otorga el presupuesto es realmente nefasta. Primero, se aprueba un presupuesto deficitario que es dividido y otorgado en 24 cuotas; luego, se pasa al proceso de solicitar para cubrir que siempre llega tarde e incompleto. Ese esquema se ha repetido todos los años. No tengo dudas de que allí ha habido una intencionalidad

política, a la cual las universidades han respondido con la falta de control de gastos corriente y ampliando la matrícula estudiantil. De hecho, la política clientelar-populista y la masificación han sido el soporte en la búsqueda de un presupuesto justo, ante la presión de la demanda por acceder al subsistema de educación superior y el interés de los gobiernos por mantener la educación como único instrumento de movilidad social.

Esa ha sido una enorme distorsión. Lo lamentable es que todavía esa situación se mantiene, a pesar de que tímidamente se está intentando definir criterios de asignación presupuestaria a cada universidad sobre bases más técnicas y racionales. De lo contrario, las universidades seguirán condicionadas a incrementar cifras, mientras el gobierno piensa que sólo el gasto corriente justifica un mayor presupuesto, pues quienes hacen presión y huelga son los docentes, empleados y obreros. En cambio, justificar más presupuesto con un proyecto de investigación es difícil, porque los investigadores no hacen huelga; más presupuesto para una política editorial también es difícil, porque los libros no hacen huelga.

En las actuales circunstancias, las instituciones de educación superior deben sincerar su funcionamiento. Estoy de acuerdo con un acceso flexible a la universidad, pero la permanencia en ella tiene que ser exigente.

Mientras la universidad tenga indicadores de bajo rendimiento, no tendrá suficiente autoridad moral para enfrentarse al gobierno de turno,



ANGEL LOMBARDI

a exigir más presupuesto y para confrontarse ante la sociedad.

La masificación ha hecho de las universidades instituciones sumamente complejas en donde los intereses particulares y de grupos presionan por mantener el control de los beneficios y de ciertas instancias de poder. Esto ha hecho del subsistema de educación superior, en general, un espacio privilegiado para el conflicto y la negación.

Creo profundamente en la política, en la posibilidad que tiene el hombre, el ser humano, de avanzar tratando de establecer los equilibrios que en cada momento haya que establecer, respetando los diversos intereses que están en juego y permitiendo que las comunidades realmente progresen. Bajo esta perspectiva, pienso que tenemos que asumir en la universidad un ejercicio político mucho más moderno; en otras palabras, debemos darle otro sentido a la política. Y aquí, existe una contradicción profunda entre nuestro discurso y nuestra praxis.

Hacia el país tenemos un discurso y un lenguaje progresista, constructivo, pero la praxis política nuestra se ha quedado atrás con respecto al propio país. Las fuerzas sociales están abriéndose cambio en el país. Así lo demuestran los reiterados planteamientos sobre la posibilidad de disolución del Congreso, la exigencia de la Constituyente, de una mayor participación de la sociedad civil, y sobre la municipalización de la vida política y social del país. Pienso que la reforma interna a nivel político también forma parte de nuestras prioridades, como lo es también una discusión sobre el concepto de autonomía universitaria.

Muchos piensan que discutir sobre la autonomía universitaria es una discusión ociosa y pasada de moda. Creo, por el contrario, que es una discusión fundamental porque tiene que ver con lo que sucede diariamente en las universidades.

Existe una famosa definición de autonomía que fue recogida en Nueva Delhi, en 1962, en un encuentro mundial de universidades. Según esta definición, la autonomía es fundamentalmente libertad de conciencia, de pensamiento, de expresión; en fin, libertad de investigación, libertad intelectual esencialmente. Ningún universitario dudaría en asumir esta definición de autonomía. Pero existe otra concepción sumamente delicada que tiene que ver con las relaciones concretas entre las universidades y el Estado. Y como parte de las mismas, está el problema de la territorialidad o la extraterritorialidad; de la universidad intramuros y la universidad extramuros. Este concepto de territorialidad está tan arraigado que las mismas fuerzas de orden público se abstienen de tramitar por el espacio físico de una universidad autónoma.

Eso ha creado problema que tiene su expresión en una especie de gueto mental y enclaustramiento. El universo reducido a la universidad con exclusión del resto de la realidad del mundo, del país, de la propia ciudad. Esto se percibe en nuestras relaciones, inclusive humanas, con el resto de la sociedad. La universidad luce, bajo esta concepción, como ente incontaminado y en contradicción, en conflicto u oposición con el resto de la sociedad.

Esta discusión sobre la autonomía universitaria debe sustentarse en la definición de nuestras relaciones con el Estado y la sociedad. Llámese gobierno nacional, regional o local; llámese sectores privados u otras instituciones del Estado. Creo que esa discusión tiene que darse, a fin de sincerar nuestra relación con la sociedad y el Estado, u orientar así nuestra política.

De la vieja a la nueva universidad, la consigna para los universitarios de hoy es un modelo universitario que descansa sobre las mejores tradiciones de la institución; que salvaguarde y potencie la autonomía, pero que al mismo tiempo asuma el resto de la excelencia y la calidad de la enseñanza superior.

La universidad destinada a desarrollar saberes, y a transmitirlos a un reducido número de ciudadanos, en una situación de privilegio, pertenece definitivamente al pasado; la universidad masificada es la realidad, y el reto es la excelencia.

La realidad es terca y los hechos siempre terminan por imponerse, y los nuevos hechos tiene que ver con el creciente costo de la educación superior, dada la gran diversificación y especialización de los saberes y el decreciente interés del sector público por seguir financiando exclusivamente esta educación. Todo ellos nos obliga a replantearnos la relación financiera con el Estado y el problema de los ingresos propios.

Igualmente, el problema de las limitaciones y desviaciones internas del sector universitario, lo que nos obliga a una evaluación institucional, no como un mero ejercicio académico, sino como una obligación moral de enmienda y corrección de muchas cosas que no estén bien en nuestras universidades. Para ello nos hace falta lucidez y voluntad política, pero igualmente nos va a servir para establecer las metas y objetivos que la sociedad actual demanda. Entre ellos destacan:

1. Capacitar para determinadas profesiones.
2. Desarrollo intelectual, ético, estético y social de los estudiantes.
3. Avanzar en el conocimiento.
4. Potenciar la innovación y creación.
5. Transmitir cultura y valores.
6. Avanzar en el perfeccionamiento armónico de la sociedad.

7. Promover crecimiento económico y la productividad.
8. Contribuir al análisis, crítica y solución de los problemas de la sociedad.
9. Adecuar la oferta educativa a la demanda de empleo.
- 10 El nuevo proyecto universitario tiene que tomar en cuenta la profesionalización de la burocracia universitaria; leal a la institución y no al grupo, sindicato o partido; continuar con los procesos y de todo el aparato administrativo; incorporarnos definitivamente a la revolución telemática, conectándonos y accediendo a la comunidad científica y a todo el servicio informativo existente. Establecer un sistema adecuado de acreditación, en todo sentido y a todos los niveles, tenemos que aprender a convivir con nuestros pares, a escala global. Hay que incidir de manera decisiva en la calidad de la enseñanza y en el rendimiento académico. El profesor universitario tiene que hacerse acreedor a su alta representación y responsabilidad, y el estudiante tiene que entender y asumirse como estudiante de alto rendimiento y excelencia. No podemos conformarnos con menos y tenemos que ser exigentes al respecto. Hay que renovar la pedagogía, los planes de estudio y los contenidos, e incorporar la tecnología necesaria. La nueva filosofía de los egresados universitarios implica no sólo salir a buscar empleo, sino a crearlo, si fuere necesario. La relación con el mundo de la producción y la economía

debe establecerse sobre una relación de necesidad mutua, sin menoscabo de la independencia y autonomía de las universidades; especialmente, a nivel de la investigación y producción de conocimientos.

La universidad nueva, renovada y creativa tiene que aceptar y asumir el reto e la autotransformación; es un combate hacia adentro y hacia afuera, pero que es ineludible dar. El país lo exige y nuestra época lo impone. La universidad contemporánea está urgida de reencontrarse a sí misma en la multiversidad de sus respuestas. El claustro universitario sobrepasó en mucho el espacio conventual y académico tradicional. Hoy es, apenas, un colegio electoral que no logra expresar ni siquiera los intereses de la comunidad universitaria. La concepción comunitaria de la universidad está fuertemente amenazada por los intereses societarios que en ella se mueven y expresan: grupos, sindicatos y partidos han puesto a prueba a la universidad y casi terminan sacrificándola. Esto no puede continuar ni permitirse. La universidad debe volver por sus fueros de comunidad de intereses, asumir la autonomía de manera creadora, reconciliarse con la sociedad y establecer una nueva relación política y financiera con el Estado. No hay duda de que la universidad, pese a todo, sigue siendo la mejor garante de la cultura y la democracia; del progreso y la civilización<sup>⑤</sup>